

MÚSICA ROBADA

Nuestro nombre es Milan Voilovich y Ariel Delgado, tenemos en total 99 años y nos ganábamos la comida y la frazada tocando el acordeón en las estaciones del subterráneo y también pescando billeteras en los trenes, hasta un día en que nos robamos el acordeón y nuestras manos una y otra vez nos denunciaron.

Nacimos en Poyarevats, Yugoslavia, en el cuarto de siglo, y también en Moreno, hace diecisiete años. Vinimos a la Argentina cuando una granada de los alemanes nos hizo volar la pierna izquierda y nos inutilizó para el combate, y después nuestra clase se salvó por muy poco de ser convocada para otra guerra, la de Malvinas. De Europa recordamos las ruinas que iban quedando de nuestro vecindario, un hotel de Belgrado donde amamos a Lubba y los puertos que fue tocando el barco que nos prometía una América. Al mismo tiempo, no conocemos el mar, pero sí cada cortina y cada tacho de esta villa y de otras, como también ciertos videobares y algunas comisarías. Nuestra memoria se compone de recuerdos reales y de recuerdos imposibles. Estuvimos en lugares en los que nunca estuvimos.

Sin embargo la circunstancia de tener diecisiete años, contar con los dos brazos y las dos piernas, y no conseguir trabajo, puede aproximarse a la de estar en la orilla de las edades sostenido sobre una pierna y sobre un palo, comunicando con un hilo de música sorda los túneles del subterráneo. Nadie nos veía, éramos un rostro más en las interminables colas frente a las agencias de empleos y uno de los tantos músicos callejeros que pueblan el día. Nadie nos veía nunca, llegamos a

pensar que no existíamos o que sobrábamos, pero cuando robamos el acordeón realmente desaparecimos. La correa de cuero con que lo cargamos durante tantos años nos ha dejado en el cuello una marca que nos duele ahora, cuando nos falta. Sus teclas nos provocan punzadas en las yemas de los dedos, como el dolor fantasma de los miembros amputados. Ese dolor es inoportuno, por ejemplo puede aparecer en el momento en que la mano mira lo que hay dentro de una cartera; de pronto el tacto se queda ciego, la mano se vuelve torpe, la mujer empieza a gritar y hay que tirarse del tren un segundo antes de que se cierren las puertas. Por la noche, cuando vemos el acordeón que aún no nos decidimos a revender, pensamos si esa música que se asfixia en el fuelle tiene algo que ver con esos repetidos fracasos, pero enseguida desechamos la idea y resolvemos deshacernos del instrumento al día siguiente. Perdimos nuestro acordeón, no sabemos qué hacer con él.

Sandra, de Carapachay, no se parece en nada a Lubba, la de Belgrado, pero sin duda es ella. La conocimos en un baile y vamos a verla cada vez que tenemos plata para los colectivos y para llevarla a una pizzería. Le mentimos en todo: que trabajamos en un supermercado, que jamás pisamos una casa de masajes y que tenemos veintiuno en vez de diecisiete. Todas esas mentiras significan que la queremos. En las piezas de los hoteles de Belgrado hacía más frío que en las calles blancas, pero Lubba decía que antes y después del amor siempre hace frío, y acto seguido pasaba a demostrarlo. Varias veces creímos verla entre la gente. Entonces interrumpíamos la milonga que estábamos tocando para recuperar cierto valsecito que nos unía, pero ella seguía de largo, sorda por la música privada de un walkman. De todos modos tal vez es mejor

que Lubba no vea quiénes somos hoy y que Sandra ignore que robamos.

Tarde de lluvia. La estación Palermo tiene dos salidas, una hacia la avenida Juan B. Justo y la otra sobre Santa Fe, justo frente a un mercado. Nos paramos con el acordeón en un descanso de esa escalera y apoyamos el sombrero en el suelo. La lluvia debe de inspirar desamparo, porque cuando llueve la gente es más generosa con los mendigos. Al cabo de tres o cuatro horas de tangos, chamamés y polkas, paró de llover y el cielo se abrió, como si con la música lo hubiésemos persuadido de algo, y el fondo del sombrero brillaba de monedas. Eran las siete y no habíamos comido nada en todo el día. Desde el mercado, el olor de los quesos impregnó el aire todavía mojado y bajó por la escalera a recordarnos el hambre. Las monedas sumaban tres pesos con setenta y cinco centavos. Dejamos el acordeón junto a nuestras cosas y subimos a comer. Al bajar del subte abrimos disimuladamente la billetera recién pescada. La foto de un bebé, un teléfono anotado en la servilleta de un bar, un almanaque. Pero ni un peso. Tres billeteras en todo el día y las tres estaban secas. La puta madre. Subimos la escalera hacia Santa Fe y pasamos junto al acordeón. Cuatro o cinco gambas en una casa de compraventa. Volvimos a bajar y salimos por la escalera que da a Juan B. Justo, la de la izquierda. Bajábamos pensando (en realidad sintiendo) que el pan, el queso y el vino pueden reconciliar a un hombre con la vida, que consiste en esas cosas y también en otras. Por ejemplo en estar solo en el mundo y en tener únicamente un acordeón, y de pronto estar solo del todo, sin vales como hilos de Ariadna en los túneles de la línea D.

Perdimos el acordeón y no sabemos qué hacer con él. Lo escondimos debajo de la cama, como si alguien pudiera llegar de noche a reclamarlo. Las horas del sueño

son las peores: el instrumento empieza a sonar apenas cerramos los ojos. Quizás esa es su manera de soñar. Desde que robamos el acordeón los sueños ya no nos pertenecen, o mejor, otros sueños empiezan a pertenecernos. Para el ladrón que duerme, las notas que llegan de abajo de la cama componen una música robada, y le asignan un pasado ajeno. De noche puede nevar en Moreno, de noche comprendemos un idioma extraño, de noche ella nos corrige si la llamamos Sandra y nos dice sonriendo que su nombre es Lubba. Los sueños son fragmentos de distintas historias que se mezclaron, pero esa música los une como cuentas de vidrio en un collar. El efecto es el asombro ante esa coherencia inédita, hecha de novedosas correspondencias, pero con éstas también llega la angustia. Un acordeón que nos pertenecía, que dejó de ser nuestro y que empezó a pertenecernos de un modo nuevo, un acordeón lleno de aire y sin embargo muy pesado.

Por la calle la gente siente curiosidad cuando ve a alguien que lleva un instrumento, quizá por la forma extravagante de los estuches donde se guardan, o bien por la sola arbitrariedad de su aparición en un colectivo, un puente peatonal o una oficina de correos. Seguramente nos veíamos extraños, parados frente al negocio con ese acordeón que no sabíamos cómo agarrar. De pronto se nos soltaba de un lado y el fuelle se volvía largo como una bufanda. Si intentábamos volver a plegarlo lanzaba un silbido de hombre que expira o de tren que parte. Mirábamos la vidriera atiborrada de relojes con malla de oro, alhajas antiguas, Nereidas de porcelana y radiograbadores, cuando vimos su reflejo sobre el vidrio. Tendría quince o dieciséis años, y un cuerpo adorable bajo el uniforme de colegio. En ese momento realmente deseamos saber tocar el acordeón, porque

cierta melodía nos hizo cosquillas en las yemas de los dedos. La chica dobló la esquina y desapareció. Dejamos de soñar y golpeamos la puerta del negocio.

La vieja nos miró de arriba a abajo con sus ojos de ave, corrió la traba de la puerta y volvió a pararse detrás del mostrador. Estaba muy arrugada y muy flaca. Tenía en su cara la amargura del que pasa hambre. Estudió el acordeón durante varios minutos y al fin habló, sin mirarnos ni una sola vez a los ojos.

-¿Sabe tocarlo?

-No, era de mi abuelo.

-¿Cuánto pide?

-Quinientos: está hecho en Yugoslavia.

-Doscientos cincuenta, porque es robado.

La vieja salió de atrás del mostrador, sacó uno por uno los billetes de la manga del vestido y abrió la puerta. Tomamos la plata y salimos.

Jamás nos consideramos un mendigo. Nosotros teníamos un trabajo, que era el de hacer más agradables los diez segundos que tarda la gente en subir o en bajar la escalera del subte. Con el acordeón cumplíamos una función muy importante para la sociedad: nuestra música le cambiaba el humor a la gente camino a la oficina o de regreso a sus casas, de tal manera que les iba mejor con los jefes, las esposas y las novias. Y a veces hasta conseguíamos que hiciera menos frío o que dejara de llover.

Sin el acordeón, somos un mendigo. Pedimos, pero no damos nada. Los que no nos conocen -y nadie nos conoce- pensarán que nuestro argumento para la limosna es la pierna de palo. Ojalá la tuviéramos de hueso, sólo para demostrar que no pedimos por lo que nos sacaron -la pierna, el acordeón- sino por lo que dábamos, música. De todos modos ahora nos da vergüenza mendigar, y pedimos sin levantar la vista. Aunque la vergüenza de un mendigo no sea solamente suya.

Nos equivocamos al decir que nadie nos conoce. La niña, que tendría doce o trece años, se agachó para encontrarnos la mirada.

-No estoy segura, pero me parece que yo sé dónde está su acordeón. Usted a mí no me conoce, pero yo vuelvo del colegio en subte y paso todas las tardes por acá. ¿Sabe una cosa? Estos túneles, sin música, parecen tumbas.

La vieja tardó en abrirnos. Miraba la pierna de palo, sospechaba que le íbamos a pedir pan o plata. Cuando le señalamos el acordeón de la vidriera, creyó que queríamos comprarlo y nos abrió.

-Buenas tardes, esteee, mire, cómo decirlo. Pasa que ese acordeón que usted tiene en la vidriera, en fin, está hecho en Yugoslavia y en realidad es mío. Me lo robaron, y alguien me avisó que estaba acá.

La vieja nos miró con furia y con miedo, como si fuéramos a robarle. Cuando habló, le temblaban las mandíbulas:

-Si lo quiere, vale ochocientos pesos. Si no, llamo a la policía.

Fue inútil pedirle que se fijara en el nombre grabado en el Carey, *Milan*, e imposible hacerle comprender que necesitábamos nuestro acordeón para trabajar, para vivir.

-Entienda que tendría que pasarme muchos días sin comer para juntar ochocientos pesos.

Ya rendidos, le pedimos que al menos nos dejara concurrir cada tarde, tocar dos o tres canciones y marcharnos.

-Serían muchas molestias para mí. Si quiere se lo alquilo: ochenta centavos por canción.

Dijimos que sí, tocamos un vals y le pagamos.

Con el tiempo nos fuimos olvidando del asunto. Al fin de cuentas, la compasión valía para todos a quienes le robábamos, y no solamente para el acordeonista de

pierna de palo. Ocurre que los ladrones también tenemos algo que es de palo. Una parte de nosotros, la que nos une a los demás, la que nos hace prójimos, tiene que ser cortada, amputada necesariamente. Si los otros somos nosotros, ya no podemos robarles. Sin embargo aprendemos a usar los paréntesis, y el tiempo es una frase larga y continua que permite emplearlos.

Un día nos quedamos dormidos en el subte. Teníamos que bajar en Bulnes, pero nos despertamos en Palermo. En los andenes había grandes charcos de agua, porque afuera llovían baldes desde hacía horas. Bajamos del tren torpes de sueño y nos pusimos a esperar el que iba para el otro lado, pero al rato anunciaron por los altoparlantes que el servicio quedaba momentáneamente suspendido por filtraciones de agua. Teníamos que salir de la estación por la escalera izquierda, ya que de ese lado de la avenida paraban los colectivos que debíamos tomar. Pero una misma lógica rige los aciertos y los errores. El primer error fue bajarnos en Palermo en vez de Bulnes. El segundo error, salir por la derecha en vez de por la izquierda, nos hizo ver que nuestra sombra, a diferencia de nosotros, siempre sabe adónde va. Cuando nos cruzamos en el descanso de la escalera estábamos empapados por las ráfagas de lluvia que bajaban desde la calle y temblábamos de frío, íbamos abrigados y secos, la pierna de palo no nos temblaba, saltábamos ágiles los charcos de agua, nos pesaban los inviernos de Belgrado, nos apurábamos rumbo a la salida, el viento había dado vuelta el sombrero y ahora estaba cerrado, al fin llegábamos a la calle y nos alejábamos, nos quedábamos ahí abajo en la escalera, fuelle del viento.

Fuimos directamente al negocio de compraventa. Habíamos tenido una semana brillante. Por ejemplo del bolsillo interior de un saco cruzado sacamos un sobre con un sueldo entero. A la vieja le brillaron los ojos cuando le dijimos que

comprábamos el acordeón, y la alegría le soltó la lengua. Nos contó sobre el hombre de pierna de palo que iba todas las tardes a tocarlo, y nos aconsejó con una sonrisa cómplice que nos fuéramos pronto, si no queríamos encontrarnos con el verdadero dueño.

-Y cuando él llegue, ¿usted qué le va a decir?

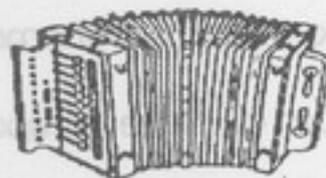
-Nada, que lo vendí -Y lanzó una carcajada.

Tiramos los billetes sobre el mostrador y nos llevamos el instrumento.

Justo en la esquina había un bar. Nos sentamos en una mesa de la ventana. Oscurecía, y la noche se anunciaba helada. Tomamos un café con leche y esperamos. Pasó la hora. En la vereda de enfrente, las luces de las vidrieras se fueron apagando. Finalmente la vieja también bajó la persiana.

Pensamos que todavía podíamos estar en la estación, así que fuimos hasta allí y preguntamos por nosotros. Nadie sabía nada. En el mercado donde aquella vez comimos el queso con el pan y el vino, la mayoría de los puestos ya estaban cerrados. Un pescadero escuchó lo que preguntábamos.

-¿El acordeonista? Se lo llevaron hoy en ambulancia, cubierto por una sábana. Dicen que se murió de frío. Má qué de frío, de silencio se murió. Le habían robado el ¿y ese acordeón?



Por la mañana los vecinos de Moreno tuvieron que usar palas para sacar la nieve que tapaba las puertas de sus casas.

Alejandro Tloupakis
5º año Letras